

Tres canciones para un cisne salvaje

José Romualdo Gallegos Gómez

Cualquier mujer que entienda los problemas de llevar una casa está muy cerca de entender los de llevar un país.

MARGARET THATCHER

Primera canción: *Un tahúr apuesta a su esposa y pierde*

Juan Rulfo, uno de nuestros mejores escritores, hombre misterioso y callado, en una de las pocas entrevistas que se publicaron, opinó que la literatura no es más que un espejo torcido de la realidad. Es probable que esta idea se la deba a William Faulkner, quien por su parte siempre supuso que lo más parecido a la realidad es la literatura. Es verdad, las historias crueles, dramáticas y por terribles inverosímiles, nacen infaliblemente de la realidad, ésta es la gran incubadora de los cuentos de hadas, del surrealismo, del realismo mágico y del ahora llamado hiperrealismo. Cualquier nota roja siempre nos dejará asombrados, la vida de la mujer política en México es lo más parecido que hay entre un salmón nadando a contra corriente y un cisne salvaje tratando de sobrevivir y elevarse contra la adversidad del viento. A la mujer mexicana ser incorporada a la nómina del sufragio le costó activismos, desvelos y gritos en las plazas públicas. Durante más de cien años de soledad insistió en que la reconocieran como una ciudadana que sabe leer, escribir y votar, o sea una persona inteligente igual que un hombre. El espíritu machista proviene de un determinismo naturalista, que para justificarse se inventaron los machos mexicanos en el sentido de que el hombre siempre será superior a la mujer, una falacia por supuesto. Más bien se trata de apoderarse del mango de la sartén por la fuerza, y no soltarlo porque tener el poder tiene su encanto. El patriarca hacía política y la mujer hacía hijos ¿Será cierto? El periodo histórico que corresponde a una mujer fantasmal que carece de una política administrativa para dirigirse a sí misma, a su familia, a su casa

y a su comunidad, está retratado en la misma persona de Susana San Juan, amante predilecta de Pedro Páramo, el gran cacique mexicano. En Comala un sólo hombre fue dueño de las haciendas, las mujeres y las políticas públicas que se traducían en la omnipotencia de un dios terrenal, de un Adán donde las Evas no figuraban. Pedro Páramo simboliza el cacicazgo del presidencialismo, Comala es el escenario donde nadie vota y la bella Susana San Juan es otro fantasma más. En la literatura y en la realidad política del país donde nunca jamás se le dio el estatus de ciudadanas. Bellas, fuertes y eróticas; paridoras sí, ciudadanas no. El mito griego de las amazonas que a caballo gobernaban a los hombres, es efectivamente un mito. Juan Rulfo creó el gran juego simbólico de uno de los episodios previos al estallido de la Revolución mexicana, porque según la historia esta guerra fue entre hombres, y a la mujer, a quien ni siquiera dejaban votar, le otorgaron un papel de adelita, la campesina con rebozo que echa tortillas con chile, arrodillada tras el metate. Este retrato emblemático aún prevalece en los desfiles escolares que las escuelas privadas y públicas organizan para celebrar el Bicentenario. Los óleos de Frida Kahlo no escapan a la iconografía de época. Ella misma activista política, militante y crítica del prejuicio moral, no se alejó del rigor machista de un Diego entonces reconocido por el mundo. Con el transcurso del tiempo Frida demostraría que la mujer es tan valiosa como cualquier artista. No sólo en las asambleas escolares, este grado de discriminación existe en la vida actual y se promueve en las pedagogías erráticas que se practican en muchas de las escuelas. Es una cultura que promueve el inconsciente colectivo del padre de familia, el líder sindical, el jefe de departamento, el sacerdote mismo, el exitoso ejecutivo y hasta en menor o mayor grado los partidos políticos. Una diputación tal vez, una senaduría quizá, pero la silla presidencial, nunca. Otra vez llegando tarde a la cita con la historia, porque las mujeres y los sistemas políticos de América del Sur ya hicieron de sueños realidades. O es que siempre tendremos que movernos a la sombra de las directrices políticas de los Estados Unidos que hasta la fecha no han permitido que una mujer llegue al salón oval de la Casa Blanca. Hillary Clinton se mantiene en campaña y tal vez lo logre. Entonces y no antes, en los Pinos se percibirá un nuevo aroma de mujer, ¿coincidencia o imitación? Otra vez

atascados en la bicicleta inmóvil de recordar la historia y teatralizarla, no leerla, no interpretarla, simplemente repetirla. Ya deberíamos haber aprendido que es necesario leer la historia para colocar las piedras firmes del presente, que debemos pisar sin trastabillar hacia el futuro. Las celebraciones del Bicentenario son la gran oportunidad para sustituir los fuegos artificiales por una antorcha que ilumine y dé certeza a las demandas de la mujer. Una equidad de género no para el pasado sino para el país del aquí y el ahora. Las primeras manifestaciones importantes de la lucha femenina por el reconocimiento a la igualdad de la participación política para votar y participar en esta contienda, aparecen en el México de 1894 en una revista publicada por mujeres, con el sugerente título *Violetas del Anáhuac*, fundada y dirigida por Laureana Wright González. Hacia 1910 sufragistas mujeres organizan el Club Femenil Antirreeleccionista Hijas de Cuauhtémoc, que se pierde con los fraudes electorales de la época y el asesinato de Francisco I. Madero. Cien años después en las revistas literarias de la ciudades más importantes del país, mujeres poetas y narradoras siguen demandando equidad de género en los procesos electorales, ante las reformas que ya fueron aprobadas, suscriben este derecho y obligan a los partidos a ceder la silla a la mujer, porque en su novelesca vida real la solución a sus demandas no acaba de consolidarse.

Otro ejemplo de ficción con realidad: un tahúr apuesta a su mujer en un juego de cartas, tenía un poker de reyes seguro de no perder, pero cuatro ases de su contrincante le condenan y como el tipo dice tener un honor que cuidar, la sacrifica. Luego se da un tiro. El suicido del protagonista añade otro ingrediente: la impunidad. Con su muerte es imposible hacer justicia. Un crimen no puede solucionar otro crimen, porque el suicidio siempre es un acto de terrorismo, en este caso contra la misma persona, contra su esposa, contra el matrimonio, contra la legalidad, contra todo tipo de valores e instituciones que protegen a una sociedad. La canción es de los Tigres del Norte, que durante los setentas rompen récord de ventas con otro tema, *Camelia la Tejana*, la historia de una narcotraficante que se le adelanta a su cómplice y lo mata, esta vez la mujer triunfa y como es más inteligente no se suicida. El romance, la lírica popular, los cuentos de hadas

y la gran literatura en general parten siempre de una piedra angular: la realidad. Todo proviene de la realidad, el arte, la ciencia, la religión, y por supuesto la política. Esta palabra: política, es la gran difamada (igual que la mujer, puesto que comparten género), la más vapuleada, mencionada, desgastada. La usamos para todo tipo de aplicaciones, y claro, sin precisión. Confundimos y damos este término a quien se dedica a la grilla, a quien alborota, o simplemente busca un puesto público a través de amigos influyentes en partidos políticos. Ya de por sí tenemos graves problemas en el uso correcto del idioma, hablando «a tontas y a locas» como un Cantinflas, pero sin gracia. Lo menciono porque tiene que ver con el tema y vale la pena rastrear origen y significado de los términos y su relación con la mujer. Las personas usamos el lenguaje como lo escuchamos, lo leemos y lo analizamos; sin lectura y análisis, sólo repetimos, como la ninfa griega Eco que sólo repite y repite hasta disminuir y perder el significado de las palabras. En nuestro país la palabra política está desprestigiada porque la clase política está desprestigiada, es una simple refracción y una alegoría de la realidad. Las palabras reflejan la calidad moral de las personas, todos poseemos un discurso, suma de nuestra experiencia lingüística. Hay discursos dominantes y subliminales que intentan movernos a su capricho. El discurso del político mexicano es un discurso agotado y la mujer deberá entrar al quite para darle frescura y respeto. Las palabras son criaturas vivientes que nacen, crecen y se degeneran dependiendo de quién las use. La clase política se ha adueñado de un tipo de lenguaje y en lugar de enriquecerlo, lo empobrece.

Con frecuencia pensamos que un corrido es la historia de un hecho violento que sublima la muerte del héroe y punto, una canción más que no vale la pena analizar, como la del tahúr que apuesta a su mujer. Pero todos los mensajes escritos vinculados o anclados en contexto político es necesario leerlos una y otra vez. Los mexicanos somos malos lectores, leemos mal el periódico, los instructivos y la publicidad. De hecho leemos muy poco, y esta deficiencia cultural nos lleva a otra deficiencia peor, no sabemos leer la realidad. Suena extraño pero leer es un acto político, porque los buenos lectores saben leer documentos y realidades, están en mejores posibilidades de resolver dilemas morales. Observar, analizar, interpretar los procesos

políticos relacionados con las votaciones tiene que ver con el dilema moral: ir a votar o no ir a votar. Denise Dresser lee un documento revelador en el foro México Ante la Crisis, frente a senadores, empresarios y personalidades que representan la cultura mexicana, y cita al nobel de economía Joseph Stiglitz para definir la economía de nuestro país como un capitalismo de cuates y cómplices, un club de Toby que no se basa en la competencia sino en la obstaculización, un club en donde a la mujer no se le permite tomar importantes decisiones.

En otro cuento, *Barba Azul*, la historia se refiere a un príncipe encantador que atrae a las mujeres por el color de su barba. Les ofrece su reino a cambio de su virtud y fiel obediencia. Cuando consigue una nueva esposa le entrega la llave del sótano y le advierte que jamás debe abrirlo, bajo ningún motivo. La nueva esposa como las anteriores sucumbe a la curiosidad y lo que encuentra en el sótano del castillo son cadenas con las anteriores esposas colgadas en ganchos. Esta última se salva porque recurre a la ayuda de sus hermanas y otras aldeanas que se organizan para sacarla del castillo y denunciar a Barba Azul. Este cuento está clasificado como literatura infantil en el anaquel de los cuentos de hadas. No es un cuento más. Toda la literatura nos presenta el enfrentamiento de dos fuerzas, el bien contra el mal con diversos símbolos, personajes, historias y situaciones. Hasta la fecha las historias de los criminales en serie son traídas hasta nosotros por la televisión de paga, con la diferencia de que estas nuevas versiones del *Barba Azul* nos presentan a mujeres en plena batalla moderna en todo tipo de contexto, familiar y profesional. En los suburbios, madres solteras peleando por un lugar para su hijo; mujeres adictas tratando de liberarse de los padrotes; y profesionistas enganchadas y dispuestas a hacer lo que sea necesario para alcanzar el puesto más alto. En cada capítulo las mujeres protagonistas sufren un tipo de crimen que los detectives deben investigar y resolver. El semiótico Julius Greimas, el teórico más audaz en la narrativa mágica, nos dice que todos esos símbolos primarios representan realidades, por ello esas historias soportan lecturas de generaciones y generaciones de lectores, pues se pueden interpretar de muchas formas como un poliedro de cientos de caras hasta hacerse una esfera, la esfera del mundo y la humanidad. ¿En política existe el bien y el mal? ¿Durante la historia de los procesos

electorales han chocado las fuerzas del bien y el mal? Greimas añade un simbolismo poderoso que otorga la salvación; este artefacto, arma, espada mágica, alfombra voladora, la sortija verde que luego vuelve a tomar el superhéroe moderno, representa el poder que dará el triunfo al bien. Parece descabellada la analogía, pero no lo es. La princesa sacrificada es la mujer y deberá ser salvada por un príncipe o por ella misma. En la vida real la mujer se salvará a sí misma y a nuestro país, cuando logre convertir la demanda de igualdad de género en un hecho concreto que se manifieste en su vida cotidiana, lo mismo en su casa, en su profesión y en los ámbitos de los partidos políticos y cuando ocupe equitativamente los mismos puestos en cantidad y calidad que diputados, senadores, primeros ministros y presidente de la República, en un equilibrio más o menos elástico.

No es que el voto sea una especie de sortija mágica, pero simboliza muchas posibilidades para transformar contextos reales en economía, educación, salud pública, vivienda, urbanidad, un voto que mejore nuestra vida personal y cotidiana, que signifique más libros, mejor transporte, mejores alimentos y poder caminar por las calles sin el terror de ser atacados y atacadas, porque la mujer suele encajar las estadísticas de robos y asaltos. Con la mujer en los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, se deberán reducir y eliminar los índices de todo tipo de crímenes contra ella misma y contra todos. El poder de esa boleta tachada, puesta en las manos correctas, mejorará al país. Por eso es determinante que las instituciones que arbitran, vigilan y validan los procesos electorales deben poseer una impecable figura moral. No es que este poder, insisto, sea mágico, pero por lo menos todos los partidos hacen hasta lo imposible por ganarlo. En la extraordinaria película *Pollitos en fuga* —que debería llamarse *Gallinas en fuga*— aparece una vez más, la metáfora del voto. Deben votar por decidir si se organizan y boicotean la máquina horneadora o se entregan para ser convertidas en galletas. Votan, se organizan, se reparten las misiones y con chatarra construyen un avión que los saca del *ghetto*. La historia de la mujer judía está ahí y parte de la mujer mexicana. Todas las historias de todas las mujeres de todos los países está en ese sencillito guión. Un cuento de hadas, un cuento de gallinas, en este caso es lo mismo. Así obtuvo su derecho a votar la mujer en

aquellas inolvidables concentraciones en la plaza. Al grito de «¡Que lo repita! ¡Que lo repita!», más de 20 mil mujeres congregadas en el Parque 18 de Marzo de la Ciudad de México el 6 de abril de 1952, demandaban el compromiso al entonces candidato presidencial Adolfo Ruiz Cortines, para que cumpliera con su promesa de plasmar en la Constitución el derecho de las mexicanas a votar y ser electas.

Un año después de ese histórico mitin, el 17 de octubre de 1953, ya como presidente, Ruiz Cortines cumplió su palabra y promulgó las reformas constitucionales que otorgaron el voto a las mujeres en el ámbito federal. Se cumplía así un sueño, se consumaba una lucha y comenzaba otra que aún no ve final: la pelea por la ciudadanía plena de las mexicanas.

Segunda canción: *Si usted me permite*

Durante la celebración del Año Internacional de la Mujer en 1975, organizada por las Naciones Unidas en México, una campesina boliviana llamada Domitila Barrios, esposa de un minero, hacía notar, a la voz de «Si usted me permite», que para luchar por una equidad de género, primero habría que hacerlo por una igualdad entre las mujeres mismas, porque a ese congreso habían llegado mujeres en limusinas y *jet* privado.

En cambio otras arribaron en autobús o vuelos pagados de sus propios bolsillos con boletos de segunda clase. Algo estaba mal. La lucha de la mujer les costó sudor y lágrimas, no se trataba de atacar a los hombres, se trataba de un asunto de injusticia social, tal como lo afirmaron las sufragistas neoyorquinas de 1800, no es un asunto privado, es un problema que nos corresponde a la humanidad, porque las mujeres ya tenían doscientos años de parecer invisibles. Por el contrario trataban de ser ciudadanas visibles y con derechos. El poeta español Miguel Hernández lo explicaba muy bien en su poema *Nanas de la cebolla* (fragmento):

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,

cárcel me arranca.
 Boca que vuela,
 corazón que en tus labios
 relampaguea.

Es tu risa la espada
 más victoriosa,
 vencedor de las flores
 y las alondras.
 Rival del sol.
 Porvenir de mis huesos
 y de mi amor.

Mi abuela materna siempre usó pistola. Desconozco la razón de su historia. Algo se dice en familia sobre un romance y un pleito con un comisariado de su pueblo natal, Saldaña, un páramo de sonámbulos y jimadores. Siempre que había votaciones mi abuelo se hacía corte de pelo para ir presentable al acto cívico más importante. Las mujeres no votaban, pero no hay plazo que no se cumpla y la paloma de la democracia amplió su vuelo, y la abuela Luisa fue a votar. Dicen que esa mañana fue al monte y enterró el revólver, por fin acompañaría al abuelo. Por fin la incorporaban a la nómina del sufragio, le otorgaban el estatus de ciudadano y podía poner por escrito una simbólica opinión para mejorar su país. Pobre abuela, ella se la tomó en serio; ellos le tomaron el pelo durante cuarenta años. El partido monolítico de la época les hizo creer que votar es sinónimo de democracia. No sólo a ella si no a treinta millones de mexicanos y mexicanas que caímos en el garlito.

De cualquier forma la incorporación de la mujer a la nómina del sufragio es una victoria que debemos celebrar todos. Por años las vimos acudir a las urnas, limpias, frescas y sonrientes, con la ilusión y la semilla de la igualdad de género que hasta el 2011 no alcanza a germinar. Las damas electoras hacían florecer al sistema, le daban alegría, plasticidad, al pastel de la celebración democrática le colocaban la cereza de la credibilidad. Acostumbradas a vivir en un túnel de negación y descalificación cotidiana, en casa, en la calle, en los supermer-

cados, veían en esta atención, un soplo de justicia y una luz de igualdad. Un sistema monolítico, corporativista y machista, abría una ventana que a todos entusiasmó. La hora de los dinosaurios era suya, ebrios, felices y seguros, se daban el lujo de jugar a competir con la mujer.

La metamorfosis de la sonrisa al desencanto inicia con la resistencia estudiantil de 1968 en la Plaza de Tlatelolco. El presidente Díaz Ordaz entre huelgas de ferrocarrileros, maestros y médicos, asesta un coletazo fatal a estudiantes, que pensaron ingenuamente que el gobierno fue sincero cuando ofreció aquel guiño de apertura democrática para cuidar el vuelo de la paloma de la paz, en la inauguración de las Olimpiadas de 1968. Cuarenta años después se explica esta guerra sucia de muchas formas, porque intelectuales, políticos y artistas han registrado en libros y obras el episodio. Los responsables intelectuales ya no están vivos y de nuevo el asunto quedó pendiente. Vino la guerrilla y la desaparición de hombres y mujeres. La reforma política con Echeverría invitaba a la mujer, a creer de nuevo en el voto.

Por estos años la mujer conquistó nuevos espacios en cine, arte, televisión, sindicatos y por supuesto partidos políticos. Ejemplos de activismo y demanda de justicia son siempre las mujeres. Un ejemplo notable fue el caso de Rosario Ibarra de Piedra exigiendo la aparición de su hijo, víctima de esa guerra sucia. Aquellos jóvenes de los setenta, entre ellos muchas mujeres, creyeron que el voto y la democracia no era la mejor opción.

¿Qué es política? Es una ciencia, un arte, una disciplina y la suma de todo esto. Es la búsqueda del poder para crear las instituciones públicas que resuelvan los problemas de una sociedad. Política es todo aquello que tenga que ver con la ciudad y los ciudadanos. Es una cultura para hacer el bien moral, físico e intelectual a los integrantes de un clan, tribu, ciudad; la política es civilización. Todos somos políticos y deberíamos interesarnos en la soluciones de los problemas sociales, que son los nuestros; cuando renunciamos a este privilegio, entregamos nuestro destino a otros que sí están interesados en hacer política. ¿Qué hizo el político heterodoxo mexicano? (Por darle un adjetivo eufemístico). Hizo de la política un rehilete; más bien no hizo política, hizo relaciones, dinero, compadrazgos, pactos secretos y

todo tipo de trampas que le permitieron vivir del erario público. Se adueñaron de los poderes. El poder de organizar las elecciones, contar los votos y repartirlos. El poder ejecutivo que por décadas fue totalitario e incuestionable. Setenta años de poder llevaron a la bancarrota moral al político mexicano arrastrando a las mujeres que intentaron hacer política. Si somos lectores de la historia nos daremos cuenta de su reloj, su ciclo y estallido.

1810, 1910 y 2010: La Independencia, la Revolución y la Guerra del Narco, son tres etapas diferentes en su causa y razón histórica, pero selladas por la adoración al poder: se fusiló, se desmembró y se decapitó para demostrar quién es más poderoso. Matar no es novedad, la novedad es el morbo del *voyeur* que gusta de ver cadáveres por televisión. O la terrible costumbre de ver matar. La política lo es todo y está en todas partes. Va de lo imperdonable a lo indecoroso y de lo inmenso a lo trivial. Bajo el texto preventivo de una cajetilla de cigarrillos, un comercial, una canción, una película, un cómic y un superhéroe, subyace un discurso político. La religión, el arte, la medicina y toda actividad humana tiene un lado político que ensambla con otras piezas: lo superficial y lo profundo. Lo noble y lo oscuro también tienen un significado político. El descubrimiento de la vacuna contra el sida y un crimen étnico o político lo tienen. Lo que parece pequeño o insignificante, como las letras minúsculas en los créditos finales de una película o en los textos de las envolturas de todos los productos comerciales, esas letras indican una política que debemos saber leer. Las mujeres con más intuición que el hombre lo saben, porque en la cocina, un territorio dominado por ellas y ahora compartido por nosotros, se trabaja en una microeconomía y una micropolítica, que explica cómo los empresarios toman sus decisiones en las políticas globales. Los secretarios de hacienda, la salvaje economía del libre mercado y los intentos de privatización de las instituciones públicas están en la cocina. ¿Quién es la experta que puede controlar las crisis económicas del país que se manifiesta en la administración de una cocina y el pequeño país que es un hogar? ¿Quién conoce el precio de los comestibles, los recibos de los servicios públicos y las visitas al médico? Además de controlar estos pequeños infiernos debe buscar una guardería, ir a trabajar y salir a votar, todo a contrarreloj y contracor-

riente. Esta mujer que sabe leer las letras pequeñas debe aprender a leer las letras grandes, o en todo caso conectar los pequeños acontecimientos con los grandes conocimientos. La primera mujer en México que conquistó una gubernatura fue la maestra y escritora Griselda Álvarez; después de ella y durante toda la historia de las elecciones en nuestro país, sólo cinco mujeres más lo han hecho. ¿Es justo? Salir a votar, es necesario, pero no basta, debemos aprender a observar, leer y seguir la ruta de ese voto; porque esta boleta no es un objeto, es un artefacto cultural, un transformable que ahora es una boleta y luego un diputado que se duerme en plena sesión y ahora un proyecto de ley para cuidar todos los sistemas de seguridad, de todas las guarderías del país. Sin un ojo supervisor, ese voto también se vuelve un certificado de impunidad o un negro heraldo del país del Nunca Jamás. Igual que en el cuento de Peter Pan y Campanita. Entiendo la duda y sospecha de la mujer sobre el voto, porque la historia del voto en este país es un capítulo de magia negra. El mago fue dueño del sombrero mágico y efectivamente de este sombrero sacó, repartió y metió los votos que quiso. Poco a poco estos magos van al destierro y al olvido. Más que un mago necesitamos a una Alicia en el país de las maravillas, que es México.

Me cuesta mucho decir lo siguiente: el índice en suicidio y asesinatos contra las mujeres en nuestro país, aumentó. Pongo el dedo en el renglón, lo hago porque detrás de la nota roja, permea una política violenta. Aunque existen espacios de prevención y atención para cuidar la salud emocional de nuestras hijas, alumnas, esposas y compañeras de profesión, las mujeres que aspiran al Congreso y quienes ya están ahí deben atender este gravísimo problema. Es un asunto de política de salud pública. Las necesitamos vivas.

Qué distingue a una mujer olvidable de una mujer inolvidable en la vida política de un país: su pasión por la construcción de obras que resuelvan problemas humanos, por defender ideas transformadoras. Según Gardner en su libro *Espíritus creativos*, todos tenemos el poder de ser creativos sin excepción, el humilde, el poderoso y la clase media. No todos nos damos el derecho de echar a andar está poderosa máquina. Algunos nos tragamos el cuento de que unos pocos fueron tocados por Musa, diosa de la creación. No es cierto. La inspiración se

busca, se investiga, se lee, se persigue paso a paso, y cuando menos se espera, brinca el duende que muestra la ruta. La idea no es quedarse dormido, es poseer un sueño, perseguirlo y concretarlo. La creación no sólo se refiere a obras monumentales, incluye categorías y graduaciones. ¿Qué es más creativo? ¿Votar o no votar? Al votar abres una posibilidad de crear algo; votar es construir, no votar es *desconstruir*. Aún con el argumento de crear una resistencia o un sabotaje político, sería lo mismo que apostar a la nada. Con frecuencia se cree que política y creación no se relacionan, que los políticos no tienen que ver con el espíritu del arte, otro mito. La política es creación, que nuestros políticos no sean creativos es otra cosa. El lenguaje es un ejemplo, la censura es un tipo de crimen, hay actitudes que asesinan al arte de hacer política, al arte de votar. Hay un tipo de político que toma las palabras y les mata el alma, algo sucede que cuando hablan, lesionan el idioma, le quitan credibilidad, identidad y certeza. Lenguaje que no coincide con la realidad. La funcionaria pública debe conocer, cómo son las personas en su distrito, cómo piensan, conocer las iglesias, las escuelas, las calles, cómo opera la delincuencia y cómo se mueve la droga. Todo eso debe saber. De lo mínimo a lo extenso. Hacer de la lectura nacional esta cuadrícula y su conexión con el mundo.

Tercera canción: *Naturaleza viva con silla presidencial*

En el marco de los fenómenos culturales de la vida cotidiana, durante las décadas de los ochenta y noventa, la mujer además de votar hace de todo, se vuelven chiveras para crear los mercados de pulgas, abriendo un mercado informal que les permita sobrevivir. Votar no es suficiente puesto que no les resuelve sus problemas cotidianos. Ahora abren academias de belleza, acuden a loterías clandestinas, se incorporan a la policía municipal, aparecen como zanahorias, arriban al table dance, manejan taxis, camiones urbanos y en televisión se proyectan como pronosticadoras del clima. Disputan medallas olímpicas y hasta ganan certámenes mundiales de belleza en la figura de Lupita Jones. Gloria Gaynor y Pat Benatar denuncian en sus canciones que sobrevivir y amar son un campo de batalla y ahí van las mujeres vo-

tando, cantando, bailando disco y danzón, al ritmo de María Rojo. Porque de ficheras, Angélica Chain y Sasha Montenegro no representaban sus aspiraciones políticas. Pasaron de ser gorditas a flacas, siguiendo de cerca a las muñecas Barbie que empezaron a invadirnos. Los sueños de la princesa Diana terminaron en un accidente automovilístico del cual nunca se sabrá por qué sucedió. Brincan de las cremas Avon a cosméticos de Helena Rubinstein para jugarse la vida con la liposucción y las cirugías estéticas. Lucha Villa cede el escenario a Gloria Trevi. Al parecer las mujeres se sueltan el pelo y compiten ya de plano en todos los escenarios que por décadas el hombre les ganó. Ahora se trata de un voto razonado e inteligente, un voto para la mujer que piensa, actúa y se compromete con los problemas sociales.

Cuáles son los factores que inhiben el voto y muchas veces provoca que la marea de la masa votante, suba y baje lentamente, casi siempre manteniéndose en la mitad, si no es que menos. ¿Específicamente qué suspende el voto de la mujer? De cada 100 mexicanos y mexicanas en edad de votar, sólo 50% acude a las urnas. En esa materia estamos reprobados. ¿Por qué esa mitad apática, desinteresada, desinformada, dura de votar, blindada a todo tipo de publicidad, no reacciona y acude de una vez por todas a reclamar lo que es suyo? Es como ver a la luna siempre con una sola mitad iluminada y la otra, apagada. Hasta ahora el claroscuro invencible. Necesitamos a esa otra mitad escéptica y apolítica como nuevos ciudadanos, con una nueva moral, con una nueva fe y una nueva actitud. Es posible lograrlo.

Debemos evitar los discursos y hacer de la democracia electoral una certeza, un hecho incuestionable y una cultura hacia la verdad. Obras son amores que no buenas razones. Uno de los principales factores que inhiben el voto en nuestro país es la pésima distribución del poder y la riqueza, su equívoca administración. ¿Por qué si tenemos o teníamos grandes recursos naturales, no se traducen en calidad de vida para los más pobres de este país? Hace meses se estrenó la película *Presunto culpable*. La historia que nos cuenta es sencilla e irrefutable y deja ver por los suelos al sistema judicial mexicano. ¿Por qué tiene que suceder esto en pleno siglo XXI? ¿Por qué si tenemos grandes poetas, pintores y músicos que se reconocen en todo el mundo, no tenemos una clase política que nos saque de este hoyo moral y de la

inseguridad que padecemos? La mujer está llamada a transformar esa clase política que aleja a los mexicanos y a las mexicanas de las urnas. Es la mujer quien puede cambiar la reputación de los funcionarios públicos. Otros factores: la pésima educación y su fallida formación cívica. ¿Cuántas reformas han intentado hacer de los niños mejores ciudadanos, lectores, profesionistas y electores? Porque nuestra educación, y lamento decirlo, es un fiasco. Nuestras mujeres legisladoras deberían darse una vuelta por las instalaciones de las secundarias públicas de su distrito. Los baños, los bebederos, las lámparas, los pupitres, las bibliotecas, nada funciona. Bajo una mirada superficial, pareciera que no son de esta época; su infraestructura no cuenta con gimnasios, y si los tienen parecieran que los construyen sin diseño ni arquitectura; se carece de techo tecnológico y la iluminación en las aulas es pésima. Esa es sólo la cuestión material. El desempeño académico evidencia el desempeño profesional de los docentes, a quienes se les ve desmoralizados, desactualizados y descontextualizados, a pesar de los nuevos enfoques de la famosa Reforma Integral de la Educación Básica. Los directores sólo reaccionan a las campanas de la política educativa que los superiores hacen sonar. Cero iniciativas, cero proyectos, cero propuestas de su imaginación de puño y letra. Las escuelas y las mismas aulas son una maqueta de nuestro país, un microuniverso que refleja la supraestructura política. Si la democracia es coja, suele serlo en el aula; si falta liderazgo moral, falta en los maestros. El maestro es un anfibio que ni es político ni académico. No es el culpable, es quien da la cara y el más criticado, pero junto con los alumnos, paga los platos rotos del fracaso de la educación. Nuestras legisladoras, y las que están por llegar, deben concentrarse en sacar el barco de la educación de ese océano de mediocridad. El punto es este: alumnas y alumnos de estas escuelas serán nuestros próximos votantes. De estas escuelas egresarán nuestras próximas candidatas a puestos de elección popular. Leen poco y mal, desconocen la historia, no dominan el lenguaje matemático, ni la abstracción artística y la estructura de su formación moral es frágil. Si no sabe discernir un serio dilema moral, ¿qué harán con el poder político en sus manos? La formación académica y ética de una servidora pública es determinante y no debe tomarse a la ligera. Todo aspirante debe de ser sometido a

examen. Las escuelas juegan un papel crucial en la formación de las nuevas generaciones de mujeres votantes. Los jardines, las primarias y las secundarias deben incorporar en su programa juegos, roles, dinámicas, entretenimiento y ejercicios integrales, para que los niños y niñas desde pequeños aprendan a diferenciar, discernir y más tarde a votar. Las escuelas deben formar el perfil integral del nuevo votante.

La escritora china Jung Chang publicó una novela con el título de *Cisnes salvajes*; es la historia de tres mujeres chinas, abuela, madre e hija. En la China feudal, a sus quince años, la abuela es convertida en concubina de uno de los señores de la guerra. La hija, quien fuera activista al servicio de las fuerzas comunistas, luego se casa con un líder de la Guardia Roja, para revelarse contra la tiranía de Mao. Las tres generaciones sufrieron la persecución del poder oficial por el simple hecho de ser mujeres bellas y tener un espíritu afiliado a la verdad. Tortura, mutilaciones y hambre dolorosa. Su espíritu salvaje las salva y sobreviven. Estas mujeres poseen todos los valores humanos que tenían que ver con la resistencia y la paciencia. Ésta es su lección; la otra que yo entiendo es que todos los regímenes o ideologías institucionalizados en el Estado o sistema político, asesinan, devoran, muerden, castigan y siempre intentan domesticar a los espíritus poderosos que poseen un tercer ojo, algo como un sentido extra, una brújula, el don de dar la vida y esa es la mujer.

La mujer protagonista de esta nueva cultura de votar y ser electa debe inaugurar la primavera moral en el ejercicio político de nuestro país, porque representa el renacimiento de las nuevas generaciones que ya modifican su perfil cívico. Esta nueva funcionaria deberá estar conectada con el arte y todos los movimientos por más extravagantes que parezcan, unirse al consorcio de intelectuales, científicos y pedagogos, y alejarse un poco de la cofradía de políticos en quiebra moral. Estar conectada a todo tipo de red social será indispensable; conocer los verdaderos problemas de los jóvenes, enfrentar el grave problema de la educación y a sus decadentes heraldos. Deberá aprender a transferir las estructuras de las nuevas tecnologías a los problemas específicos de las personas; conectar los nuevos pensamientos con lo ancestrales; escuchar a los viejos y leer lo suficiente para no cometer innecesarias pifias, porque muchos de los problemas se resuelven

leyendo, pero nuestra clase política ya lo olvidó. Escuchar con atención a los olvidados de siempre y enfrentar a los monopolios y a las viejas formas de hacer política. La novela de Jung Chang está basada en la leyenda de los cisnes salvajes de las estepas asiáticas que han debido sobrevivir a las heladas, a la cacería y a la modificación de sus territorios que el hombre irresponsable perpetró. Durante la segunda guerra mundial, cuando algún cisne se separaba de la bandada, los sonidos de los aviones los confundían provocando que las turbinas los destrozaran; debieron modificar sus hábitos de vuelo, su organización y la emisión de su lenguaje; su sobrevivencia se debe a su espíritu salvaje. Va mi voto por el cisne que mantiene cierta indómita conducta, el garbo, la belleza, el pudor y su estrategia para variar su formación y rumbo en pleno vuelo. La silla más importante de este país está reservada para el futuro próximo. La hora política de la mujer ha llegado.

MENCIONES HONORÍFICAS

